

Cada maracuco es un verdadero atractivo turístico. La gracia, la simpatía que le desborda, la melodía y el ritmo que les devora el alma, el argot vivaracho, la estrambótica "onomástica", el buen humor y el gracejo en poner sobrenombres son ejemplos turísticos de picaresca clásica.

Maracaibo es como un barco de tres quillas: los rubios, serios y tenaces, hijos de padres yanquis o teutones, habitan el Maracaibo periférico cercado por alambradas defensivas. Los "criollos", rocheros, alegres, de piel suavemente morena, amigos de la chanza, de la palabra pícaro, de la copla y chiste a flor de labios, viven en el casco central. Los goajiros, humildes y meditados, que arrastran el dolor de su derrota ancestral en las pupilas tristes de sus ojos, pueblan las rancharías marginadas.

MARACAIBO:

400

años de soledad

El maracuco es romántico y sentimental. Cabalga en su sangre el numen de J. R. Yépez y Udón Pérez y la dulzura apacible del Lago. No olvidemos que el maracuco nace y muere a dos minutos del Lago. Es regionalista, apegado a su ciudad. No por espíritu mezquino o altivez, sino por cariño al terruño, atavismo telúrico que le afinca a la madre tierra.

CARMELO VILDA

Maracaibo, desde su Lago, es una paradoja. Desde su Puente, un milagro. Desde El Tablazo, una esperanza.

La paradoja está en ser primera y última, principio y fin. Primera en dar, en enriquecer a otros; última en recibir. Dio a la Patria su nombre: Venezuela. Le dio el "oro negro" sudado en sus entrañas. Le dio la victoria naval que selló la Independencia. Última en recibir: Otero Silva pudiera haber situado sus "Casas Muertas" en las calles tediosas de El Saladillo, Las Playitas o Bella Vista vieja. Primera en el tiempo: mucho antes que en Caracas, ya el pie del conquistador había dejado su huella en Maracaibo. Última en el espacio nacional: más allá de Maracaibo, la tierra se llama Colombia.

El milagro está en su puente, en su vocación de nacionalidad, en su afán de no dejarse arrinconar. Un puente que une lo que la geografía dividió. Un puente, hoy de cemento, ayer de carne, cuando Ojeda, en 1499, antes de que se fundaran ciudades españolas, se casó religiosamente con la india Isabel, hija de un cacique zuliano, milagro creador de una raza nueva.

La esperanza está en El Tablazo. Por eso los ojos estoicos de los maracuchos se acuestan cada día mirando al otro lado del Lago. ¿Brotará de allá, mañana, al despertar, su porvenir?

Paradoja, milagro y esperanza. Tres palabras en las que no se puede creer si se carece de fe. Y de entusiasmo. Y los maracuchos lo tienen. Lo heredaron de Alonso Pacheco y Pedro Maldonado. Todo comenzó hace poco más de 400 años, cuando Maracaibo no era aún ciudad, sino el nombre del gran cacique Onoto, señor de aquellas sabanas.

Es una historia caliente. Vale la pena escucharla.

"Hay más gentiles mujeres que en otras partes."

Antes de que desembarcaran la pólvora y el acero, Maracaibo era sabana. Al norte, muy cerca, vivían los indios Onotos y Zaparas. Un día, desde sus manglares, contemplaron unos hombres de hierro. Era la tripulación de Alonso de Ojeda, 24 de agosto de 1499. Uno de los "escribanos", Américo Vesputio, anota:

"Hallamos una gran población que tenía sus casas sobre agua como Venecia; quisimos verlas y los naturales se oponían a la entrada. Mas huyeron al probar el filo de nuestros aceros, y encontramos las casas llenas de algodón finísimo."

Otro tripulante, el bachiller Enciso, observa:

"En Venecuela (nombre de la Isla de San Carlos) es la gente bien dispuesta; y hay más gentiles mujeres que no en otras partes de aquella tierra."

Ojeda aprovechó el hallazgo. Hizo bautizar enseguida a una india. La llamó Isabel, en recuerdo de su novia española, y se unió con ella en legítimo matrimonio. Después se la llevó a España.

La unión de Ojeda e Isabel, sellada junto a la cuna del nombre de la Patria, será el germen del pródigo mestizaje que formarán las naciones de América. Ojeda e Isabel merecen un monumento en Maracaibo. Sería un recuerdo del mestizaje americano, fenómeno sociológico nuevo que surgió a impulsos del amor. Cuadraría muy bien a la ciudad, hoy cuatricentaria, este gesto romántico. José Ramón Yépez y Udón Pérez aplaudirían el proyecto.

Es una lástima que Maracaibo no aproveche sus anales históricos, interesantes como focos de atracción turística.

Una región dominada por el capitalismo

El Zulia ha sido siempre una región dominada por el capitalismo extranjero. Hoy, es la Shell y la Creole, la Mene Grande y la Sun Oil. Pero, mucho antes que ellos, fueron los Welser: la gran banca alemana del Renacimiento que compró al emperador Carlos I sus derechos:

"junto a la dicha tierra de Santa Marta y en la misma costa está otra tierra que es el cabo de Vela y el golfo de Venezuela... la cual tierra vosotros os ofrecéis a pacificar y poblar".

Y a robar, se le olvidó añadir al emperador.

En efecto, Alfinger no viene a colonizar. Busca oro para el "Wall Street" de los Welser. No le interesa fundar ciudades, sino colonias de trabajo, fáciles de trasladar cuando se acaben las vetas auríferas. Sobre lo que hoy es Maracaibo fundó una "ranchería" que no llegó a pueblo. Fue el 8 de septiembre de 1529. Pero Alfinger no merece el título de fundador. Con él, Maracaibo no fue pueblo; colonia, rancharía de trabajo. Nada más. A los seis años murió la fundación. La caprichosa administración de los Welser fue la causa de que Maracaibo no llegara nunca a ser ciudad. En las raíces de su existencia ya Maracaibo comenzó a sufrir las desventuras de la mala administración pública.

"Aquí señalo, fundo y sitio la ciudad."

Los Pacheco pertenecían a la alta nobleza española. Incluso se emparentaron con el gran Duque de Alba, el "coco de los belgas". Pachecos pelearon en Flandes y en Méjico; Pachecos llegaron a Cardenales y Obispos. Uno de ellos se llamó Alonso y llegó a Venezuela. Era de carácter sentimental como todos los maracuchos, sus descendientes. Personalidad pendenciera, altiva. Lenguaje irascible, reacciones intempestivas. Voluntad inquebrantable, dotes de mando. Extraordinario entusiasmo, enérgico coraje aventurero, proclive al desaliento esporádico.

Alonso Pacheco intuyó la necesidad de fundar una ciudad al otro lado del Lago que fuera puente de conexión entre Venezuela y la Provincia de Nueva Granada. En esta empresa gastó su fortuna. Fue un día de junio o julio de 1569, hace ahora 400 años. La ceremonia sería aproximadamente según el rito tradicional. Alonso ordena limpiar el sitio que servirá de plaza. A un lado estará la iglesia; en el otro, el Ayuntamiento; en el centro, un tronco de árbol con las actas de la fundación. Golpea tres veces el madero con la espada desnuda: Viva el Rey, nuestro Señor, y en su real nombre el fundador, vocifera la tropa. Mientras el capellán se reviste con la casulla para la Misa, el escribano anota en un pergamino la crónica. Alonso toma un cuchillo, lo hinca en el rollo de actas y grita: "Caballeros, soldados y compañeros, aquí señalo, fundo y sitio la ciudad. Que Dios nos asista a todos." Desde ese día, la sabana de los Onotos y Zaparas tendrá un nombre: CIUDAD RODRIGO DE MARACAIBO.

Alonso Pacheco es, sin duda, el verdadero fundador. Se adelantó a los futuros planes desarrollistas modernos. Hoy, justamente, en el Cuatricentenario, ha comprendido el Gobierno la estratégica posición de Maracaibo como futuro "polo de desarrollo" y centro comercial e industrial de Occidente y la zona limítrofe colombiana.

Tres siglos de esterilidad

Durante los cuatro años siguientes Alonso perdió a sus mejores hombres. Murió Juan de Morón, primer alcalde enterrado en Maracaibo. Otros se marcharon o perecieron en emboscadas indígenas. Estos percances le desalentaron y decidió abandonar lo que con tanta sangre sembró. Fue muy amargo para Alonso despoblar Maracaibo. Embarcó a su gente y llegó con ella a Trujillo. Pero la raíz apuntalada por él retoñará un año más tarde, 1574. PEDRO MALDONADO, antiguo Regidor, volverá a llevar a los anteriores pobladores y refundará la ciudad, ahora, con el nombre de NUEVA ZAMORA DE MARACAIBO.

Fue, sin embargo, otro Pacheco, Juan Pacheco Maldonado, quien pacifica toda la región zuliana. Somete a los Zaparas, Aliles, Arubas y Toas y asegura la supervivencia.

Desde 1610, Maracaibo vive tranquila, hilando día a día su devenir, en un letargo histórico que durará tres siglos. Todo el belicoso pasado cae en la cisterna del olvido. La historia de Maracaibo se hace estática y se convierte en un vivir y esperar. Los gobernadores no se preocupan de adecentarla o desarrollarla. Hay un quietismo telúrico desesperante.

Al atardecer, cuando cesan las faenas, se juntan en la plaza o bajo los cocoteros de la playa para enterarse y comentar los sucesos nuevos. El susurro del Lago corta a veces las conversaciones. En las ventanas, detrás de los barrotes, hay latidos de idilios románticos. Aquí y a los pies de la Chinita, su Virgen de Chiquinquirá, nacerá el culto a la Gaita que canta en boca de cuatro, maraca y tambora. Se exportan cueros, ganado y sal. Poca cosa. No ha llegado aún su día. Crece, es verdad, pero con desarrollo endémico. Sin embargo, los maracuchos trabajan y hacen ciudad. Poco a poco clavan sus ojos en los valles de Perijá y allí abren los primeros filones de su progreso. Maracaibo es aún pequeña. Vive apiñada alrededor de la plaza. Hay dos barrios rivales: El Saladillo y El Empedrado. A veces la rivalidad termina en reyertas sangrientas. Piratas como Miguel el Vascongado y el terrible Morgan saquean varias veces la ciudad, hasta que se construye el Castillo de San Carlos, a la entrada del Lago.

El grito de Independencia les despierta de su siesta dieciochesca. Hay alborotos y movimientos de tropas. Uno de sus hijos más ilustres, Rafael Urdaneta, se cubre de gloria en campaña. Se ha perdido la tranquilidad. Pero a Maracaibo aún no le ha llegado el día.

El Dorado está en Maracaibo

El 4 de diciembre de 1922, en La Rosa, reventó el famoso pozo petrolero "Los Barrosos N° 2". Una bocanada de petróleo se irguió como un gigante y vomitó descontroladamente 900.000 barriles que ensuciaron el Lago. ¡Petróleo en Maracaibo! Sonó el campanazo en toda Venezuela y comenzó el éxodo de falconianos, andinos y llaneros hacia el prodigioso Zulia. Maracaibo, de vida ensimismada y lenta, con sus casas de rejas y anchos patios interiores, buenos para la siesta y la tertulia, se convierte en una agitada metrópoli en perpetua transformación y crecimiento.

Fue una invitación a la riqueza fácil, al trasiego de concesiones y ventas de terrenos. Surgen los "nuevos ricos" que en dos días quieren comprar con ostentación y dinero un título de cultura. El ron y el whisky desplazan a la chicha. Los partys a las tertulias, los clubes sociales a las reuniones en la plaza. Maracaibo y el Zulia son ahora El Dorado venezolano.

Con el progreso económico viene la vaharada de inmigrantes. Los "gringos" llegan para dirigir la explotación; ellos ponen sus palabras inglesas y los zulianos sus brazos sudorosos. Y así, con esta simbiosis demográfica, se levantan cabrias, refinerías, oleoductos y riqueza. Y Maracaibo se puebla de rostros extranjeros.

En 1920 no llegaba a 100.000 habitantes. En 1940, 121.000. Veinte años más tarde sube a 422.000. Más de medio millón en 1965 y en 1969 llega a 700.000, de los cuales 90.000 son niños entre uno y cuatro años. En 40 años septuplica su población. Pocas ciudades tienen este record.

Con tono humorístico podríamos comenzar una clase de Geografía así: cada maracucho limita al norte con un goajiro, al sur con un italiano o español, al este con un andino y al oeste con un gringo o colombiano.

La traición del petróleo

Pero el petróleo, como las fábulas, es traicionero. A orillas de fastuosas residencias, lujosas urbanizaciones y plutócratas clubes de recreo que surgen de la riqueza petrolera, nacen también rancheríos desmirriados, hongos miserables, mal paridos por la prisa de la emigración, entecos con lacras de cantina y garitos. Ya lo profetizó Rómulo Gallegos: "Petróleo era riqueza y el porvenir diría si había valido la pena." Ziruma, Cujicito, Canchancha, La Rinconada y Los Estanques son una prueba de ello. En estas barriadas vegetan 50 mil niños que no conocen a sus padres y viven una vida infrahumana. Más del 60% de los nacimientos se realizan por concubinato y sólo el 40% tienen empleo fijo.

Las urbanizaciones Virginia, Irama, La Estrella y otras son diferentes. Quintas rodeadas de jardines y plantas que restallan color y frescura tropical. En los garages podemos ver dos o tres carros Mustang o Mercedes-Benz.

Maracaibo, como Caracas, es ciudad de contrastes. Contraste entre pobretones que viajan en bus y las élites que exhiben su opulencia en cómodos y lujosos carros. Contraste entre el pueblo que madruga para trabajar y la oligarquía que trasnocha en el Club porque al día siguiente puede comer sin levantarse pronto. Contraste entre los que vienen de la Goajira a Maracaibo en camiones y los que desde Grano de Oro sacan sus dólares, vía aérea, y los gastan en las playas de Miami o en los comercios de New York. Contraste entre los que beben cerveza en el bar de la esquina, sentados en sillas de madera, y los que beben whisky apoltronados en mullidos sillones de club nocturno. Contraste entre los que duermen con aire acondicionado y los que cuelgan su chinchorro del árbol o en el clavo de la habitación donde sopla más brisa.

El petróleo ha sido traicionero para Maracaibo. Llegó de sorpresa. Y se ha ido también sorpresivamente, dejándole como antes, pueblote otra vez recogido, agrario, pescador, empobrecido. No se ha sembrado el petróleo.

¿Adelante o hacia atrás?

He ido a Maracaibo de nuevo, no como turista, sino como devoto. Y he rumiado su historia tostada en la parrilla cuatricentenaria. Me he sentido triste. Maracaibo merece mejor destino que ser un charco repudiado, un muñón venezolano que no cicatriza sus heridas. Mientras recorría Los Haticos, la Plaza Báralt y Bellavista, hediondas de basura, comprobé que se hundía bajo el peso de su pasado abandonado. La protesta ensució mi boca y en mis ojos la compasión tejió una telaraña de nostalgias.

Comprendí también por qué no hubo entusiasmo ni júbilo en los festejos cuatricentenarios. Faltó mística, información, propaganda, realizaciones. Caracas pudo ofrecer a sus habitantes un conjunto grandioso de obras públicas. Carora desató una campaña de opinión pública y necesidades concretas que precedieran a la conmemoración. Hasta se adelantó con una emisión de "estampillas". Maracaibo, por el contrario, no habló; silenció la lengua y su nombre no ha sonado en la nación.

Agoniza el sol en la tierra amada. El Complejo Petroquímico de El Tablazo es aún una esperanza irrealizada. Corren rumores de que la CVP intenta trasladar sus oficinas a Caracas. No se ha remodelado El Saladillo ni ha comenzado el cacareado Centro Libertador ni el Parque Rafael Urdaneta. Maracaibo aún carece de Teatro moderno.

La población crece a una tasa superdesarrollada del 4,5% desde 1958, sin ninguna planificación urbana. Basta contemplar sus enormes áreas marginadas que albergan al 30%. La oferta de empleos es menor que la demanda. Y para recrudecer aún más la crisis laboral cada día se automatiza más la industria petrolera. El área urbana periférica irrumpe desorbitada sin control y el casco central se deteriora con rapidez.

Si Alonso Pacheco volviera, contemplaría atónito las mismas diferencias sociales de antaño. Goajiros más tristes, más pisados. Y los mandones blancos o rubios, más altivos y gozosos. No han bastado 400 años para hacer un poco de justicia social.

Cuatrocientos años de fábulas, promesas y relámpagos de Catatumbo. Cuatrocientos años de una ciudad sin planificación de futuro. Dios le dio el maná pasajero del petróleo, pero sus gobernantes no supieron invertir el hallazgo fabuloso.

Los dólares del "oro negro" no han pasado por Maracaibo, o sólo por unos pocos. La riqueza del subsuelo fue directamente a las cajas fuertes de la Standard Oil, de la Shell o del Banco Central. La ciudad sigue pueblerina, pobre, sucia, sin inversiones públicas de orientación social. El pueblo sigue sin escuelas ni liceos, y las barriadas, sin agua ni luz. Y los hombres, sin trabajo. El Aseo Urbano no ha aumentado su flota de camiones. Atolondrada, Maracaibo vivió su carnaval de "vacas gordas", su "festín de Baltasar", sin prevenir el mañana. Y ahora, ahora, hay que despertarle el alma, el espíritu batallador de Alonso Pacheco, su fundador. Hay que refundar Maracaibo sin la pirotecnia relumbrante del petróleo. Hay que arrancarle el mito que la engañó. En la industria, en la agricultura, en el comercio revitalizado, tiene Maracaibo una nueva oportunidad.

Maracaibo debe rejuvenecer. Sacudir su esterilizante quietismo. Situarse en el umbral de un nuevo despegue. No con hallazgos esporádicos, no con espejismos, sino con trabajo cívico, colectivo. El programa del "Desarrollo del Zulía" puede servir de rampa.

El Cuatricentenario debe tener orientación futurista, ser "área piloto" que enseñe a otras regiones cómo desarrollarse por sí mismas sin esperar milagros. La Universidad tiene baza importante. De lo contrario no justificaría su existencia.

Desde su Lago, una paradoja. Desde su Puente, un milagro. Desde El Tablazo, una esperanza.

Ya es hora de que se pueda decir: Maracaibo, desde sus calles, es desarrollo.